Don Vicente

FLORENTINO PORTERO

PRIMEROS ENCUENTROS

Ésta es la primera ocasión en la que me veo en la obligación de hablar de mí, algo que he conseguido evitar fácilmente a lo largo de mis cuarenta y seis años de vida. Sin embargo, la amable invitación de Salvador Pons y Octavio Ruiz-Manjón a rememorar la figura de Vicente Cacho me lleva a trasladar al papel vivencias que tienen un contenido íntimo, personal. Cacho no fue para mí sólo un profesor de referencia, sino, sobre todo, un amigo. Una amistad marcada por un doble salto generacional y, por lo tanto, una relación desigual.

Recuerdo bien la primera ocasión en que le vi. Debía ser el mes de mayo o junio de 1982. Yo estaba en la Facultad de Geografía e Historia de la Complutense, en el pasillo de la planta décima, junto con un grupo de compañeros de los cursos de doctorado. De pronto un personaje singular salió del ascensor. Bajito, con paso firme y una extraña sonrisa en el rostro –¿a cuento de qué aquel señor parecía estar feliz?– se dirigió hacia la sala de

Florentino Portero y Vicente Cacho, en el Museo del Prado de Madrid. Junio de 1992.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Contemporánea saludándonos al cruzarse con nosotros. Alguien comentó "es Vicente Cacho, se ha incorporado al Departamento". Por fin pude poner cara al autor de aquella historia de la Institución Libre de Enseñanza que había leído en la Biblioteca Nacional, tras encontrar una referencia a su existencia en una nota a pie de página del *España* de Carr.

Algún tiempo después se produjo un segundo encuentro. Yo había colaborado con Juan Pablo Fusi en la organización de la exposición sobre Ortega y Gasset en el centenario de su nacimiento y mantenía una cierta relación con la Fundación del mismo nombre. Al poco de su mudanza al edificio de Fortuny, que en tiempos fue sede de la Residencia de Señoritas, se celebró allí un ciclo de conferencias en homenaje al filósofo. No recuerdo bien quién era el conferenciante, Areilza o quizás el propio Cacho, el hecho es que coincidí con él en el *hall* del edificio y José Luis García-Velasco nos presentó.

La Fundación Ortega nació con ánimo de renovar la vida académica española. En su precioso nuevo edificio, lleno de reminiscencias románticas y puritano-institucionistas, se había reservado la segunda planta para despachos de investigadores. Uno de los elegidos fue Javier Tusell. Javier andaba entonces metido en política y si algo le sobraba eran despachos. Declinó el ofrecimiento y acordó con Pepe Varela y Juan Pablo Fusi que fuera yo, entonces un doctorando que trabajaba bajo su dirección, quien ocupara su puesto. En aquellos días la planta estaba poco poblada. En una esquina trabajaban Juan Pablo y Gabriela Bernar, responsables de la *Revista de Occidente*. En otra, parapetado tras un armario de oficina y rodeado de libros por todas partes Cacho. A continuación se encontraba Pepe García-Velasco, siempre con "deportivas", subiendo y bajando en busca de unos cafés que preparaba negros como un tizón. Por último, en la zona más alejada de ambos me hallaba yo.

Aunque Cacho vivía recluido en su pequeño despacho, a veces uno podía coincidir con él en las escaleras o en la Biblioteca. Tengo perfectamente presente mi primer encuentro con él tras la ocupación de mi despacho. Fue ante la fotocopiadora. Cuando yo llegué él estaba acabando. Me recordaba vagamente y, tras los saludos de rigor, se sintió obligado a preguntarme por mi trabajo. Yo le contesté que había iniciado mi tesis doctoral sobre la política exterior de España en los años de la Guerra Fría. Y, con su habitual sonrisa, exclusiva de quién está a gusto con lo que está haciendo, me espetó:

– "¡Qué horterada!"

Recogió sus papeles y se fue. Y allí quedé yo, solo ante la máquina, perplejo, tratando de comprender por qué aquel catedrático *senior* me había dicho aquella impertinencia. Desde entonces tuve claro que Cacho era un personaje singular, directo, respecto del cual resultaba conveniente mantener una prudente distancia de seguridad.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Mis prevenciones se fortalecieron por los sucesos que se fueron sucediendo. A don Vicente no le gustaban las sorpresas ni que nadie se considerara con el derecho de alterar su matemáticamente medida planificación de trabajo. Cuando algunos llamaron a su puerta sin haber concertado cita se encontraron con un sonoro "No", volviendo por sus pasos con la cara un tanto demudada.

De vez en cuando Cacho sentía la necesidad de dar un paseo por el corredor, para estirar las piernas. Yo tengo, desde niño, la costumbre de trabajar con la puerta y la ventana abiertas, por lo que los encuentros se fueron sucediendo con rutinaria precisión. A menudo se detenía para una breve charla, en la que mi participación se reducía al mínimo. Un día apareció por allí y me invitó a comer. Supongo que mis muchas horas de presencia y mi decidida discreción le conmovieron. Yo accedí. No recuerdo nada de aquel primer almuerzo, salvo que fue "el principio de una larga amistad". Las invitaciones se sucedieron y con ellas unos paseos inacabables por las calles adyacentes para "bajar la comida". Un día Cacho me comunicó que había accedido al *status* de "amigo", que en su vocabulario tenía, como no, un significado preciso y sustancial, y que hiciera el favor de retirarle el trato de usted. Agradecí lo primero y rechacé lo segundo. Cuanto más le conocía más claro tenía que resultaba esencial mantener aquella "distancia de seguridad" que tan buenos resultados me había dado hasta la fecha. Para Ana, para Daniel y para mí siempre fue don Vicente, aunque la fórmula tuviera a menudo, cuando ya la confianza era muy grande, un tono algo más que irónico.

Visto en perspectiva reconozco que nuestras conversaciones giraban en torno a un número limitado de temas: investigación y universidad, familia y asuntos personales, política y religión.

LA UNIVERSIDAD

Sin duda las charlas sobre nuestras respectivas investigaciones fueron las que ocuparon más nuestra atención. A él le gustaba utilizar a sus amigos historiadores como *sparrings* con los que poner a prueba la contundencia de sus tesis. Pasaba mucho tiempo en la soledad del despacho y sus compañeros de residencia no eran normalmente profesionales de la historia. Por ello, cuando iba a recogerlo para almorzar tras la oportuna cita me recibía con una desbordante necesidad de hablar y transmitir sus últimas impresiones sobre el tema que tuviera entre manos. Tuve así el privilegio de ver hacerse alguno de sus textos, de participar de sus dudas, cuando no de crearlas, y de disfrutar con él de la oportuna llegada de una buena intuición que desbrozaba la selva de tópicos y datos que a menudo maniatan al historiador.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Aquellos años de conversaciones, –almorzando, paseando o en su despacho– me permitieron valorar una serie de características profesionales que ahora, pasado algún tiempo, son el más importante legado profesional que me dejó. Fue un hombre valiente, que eligió una línea de investigación no convencional y que se mantuvo ajeno a las modas de su época. Es más, su forma de enfrentarse a la historia intelectual del cambio de siglo tampoco siguió los caminos trazados por otros especialistas europeos. Él desarrolló un estilo propio, que fue evolucionando a lo largo de su carrera, tratando de responder a las innumerables dudas que le surgían. Fue tenaz, forma elegante de describir al obstinado. No cejaba en su empeño de analizar procesos en extremo complejos, volviendo una y otra vez al cabo de los años, buscando unas claves que se le escapaban. Fue riguroso, como muy pocos colegas, dejando reposar textos durante más de diez o quince años hasta encontrar la forma adecuada para describir un aspecto concreto o las fuentes que le permitieran fundamentar una posición. Fue enormemente trabajador, como sólo un soltero sin obligaciones puede serlo. Horas y horas sin salir de su despacho, noches en que se retiraba a su residencia sin haber hablado con nadie, embebido en sus lecturas.

Declarada la enfermedad trató de cerrar muchos de los textos en los que llevaba años trabajando. Reorganizó su obra: de un concepto enciclopédico, todo integrado en un solo texto, pasó, tras dudas y pasos en falso, a un conjunto de pequeños libros ordenados en torno a una idea, en los que presentaba textos previamente publicados, pero que habían sufrido un proceso de "recauchutaje", junto a otros inéditos aunque no siempre recientes. No era ágrafo, puesto que no dejó nunca de escribir y reescribir, sino un historiador en extremo riguroso, siempre insatisfecho con sus propios análisis. Una parte de su obra queda "en cocina", quizás la que resultaba más problemática desde un punto de vista personal: su Unamuno. El rector de Salamanca representaba como ningún otro la conjunción por excelencia entre liberalismo, socialismo, compromiso moral y cristianismo. Si Ortega le atraía por la claridad de sus pensamientos, Unamuno le resultaba mucho más próximo, porque hacía frente a los mismos problemas y desde perspectivas muy semejantes. Si la distancia con Ortega facilitaba su investigación, la proximidad con Unamuno resultaba un problema.

Aquel profesor mantenía, para un joven profesional como yo, que comenzaba a otear el horizonte gremial, un estilo muy característico y nada común. Marcaba distancias, pero cultivaba la amistad. Vivía ajeno a los cotilleos y tertulias, pero actuaba contundentemente cuando por mor de los sorteos caía en un tribunal. Con él viví el paso de una universidad mediocre, resultado de una guerra civil y de cuarenta años de franquismo, a otra cutre, consecuencia de la Ley de Reforma Universitaria.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Vicente con su madre, en el Parque del Oeste de Madrid. Octubre de 1981.

EL ÁMBITO PERSONAL

Tuve la suerte de acceder muy pronto a su familia. La delicada salud de su madre, ya muy anciana, y el que ni su hermana Isabel ni él condujeran, me llevó a acompañarles en alguna ocasión al Hospital Clínico. Doña Vicenta era un ser muy agradable, una mujer muy equilibrada y con las ideas muy claras, o esa impresión me dio. La traté poco, pero siempre fue un placer hablar con ella. Don Vicente sentía hacia su madre un amor profundo, con un trasfondo religioso. A veces me pareció que en su relación se mezclaban las vivencias personales con las creencias religiosas. No sólo veía a su madre, sino a la maternidad tal como es valorada por la Iglesia Católica. En cualquier caso, había entre los dos una gran complicidad y una profunda comprensión.

El Cacho privado era un hombre abierto y tierno, que daba mucho cariño y sabía disfrutar de la compañía de sus amigos y familias. Y, sobre todo, era el hombre entero y coherente que encontrábamos en cualquier otra manifestación de su existencia. Alguien que se había hecho a sí mismo en la soledad de su despacho, leyendo y viajando con la imaginación, pero siempre a partir de una información elaborada. Como muchos hombres de su generación huyó del franquismo a través de la cultura francesa. Cacho conocía la historia política y cultural francesa como muy pocos. Hasta el punto de que su pensamiento y su forma de ser estaban en deuda con el país vecino. Era un cartesiano. Su forma de pensar, de trabajar, era el resultado de ese método tan característico de los liceos franceses que, en su caso, se convirtió en forma de vida. Era un hombre racional, que trataba de contener su fuerte carácter a base de reflexionar una y otra vez sobre cualquier problema que encontrara en su camino. Era previsible porque su vida respondía a un sistema de valores y procedimientos que se había ido construyendo a lo largo de toda su vida y que ponían de manifiesto su esfuerzo por ser coherente.

Sin embargo, su dependencia de lo francés tenía más que ver con su personalidad que con su pensamiento. Cacho se sentía más cómodo en la cultura anglosajona. Su pasión por la libertad, que en su caso era una necesidad, casaba mal con el academicismo francés, acentuado por la decadencia intelectual del país vecino a partir de la II Guerra Mundial. El mundo inglés no estaba tan presente en sus investigaciones, pero le permitía abrirse a mundos nuevos. El *Times Literary Supplement*, primero, y el *New York Review of Books*, después, fueron lecturas imprescindibles en sus fines de semana. Su tardío viaje a Estados Unidos resultó extraordinariamente estimulante para él, al confirmar muchas de sus ideas sobre la vitalidad y la calidad de la sociedad norteamericana, donde encontraba hechas realidad muchas de sus aspiraciones de católico liberal.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Como caballero que había vivido ajeno al fragor de las llamadas "relaciones de género", sentía hacia las señoras respeto, mezcla de miedo e incomprensión. Le gustaban las mujeres equilibradas, fuertes, con ideas claras y nervios templados. Esposas que ejercían una fuerte influencia sobre sus familias. Con ellas trataba de tender puentes, poniéndose siempre de su parte. Era un Chamberlain bajito en un medio hostil, que trataba de apaciguar a seres distintos y poderosos con algunas concesiones. Por el contrario, sentía un rechazo inmediato hacia las mujeres inseguras, que no tenían claro hacia dónde querían ir. Verbos como "enredar" o "empreñar" salían de sus labios con facilidad para describir actos resultado de la indecisión. Si además padecían de incontinencia verbal, lograban sacarlo de sus casillas. Recuerdo más de una ocasión en que al ir a recogerle para almorzar, hallé tras su mesa a un hombre desestructurado, con los nervios deshechos soltando por su boca todo tipo de barbaridades. Sencillamente no podía soportarlas.

La opción del celibato le hizo feliz y le permitió llevar la vida religiosa y profesional que él quiso. Sin embargo, siempre echó en falta el ámbito familiar. Su hermana Isabel estuvo a su lado, pero también optó por la soltería. Con su cartesianismo habitual, estableció unos códigos y protocolos para fijar su relación con las familias de sus amigos, que le permitían formar parte de ellas en la medida en que consideraba oportuno y pertinente. Era el estatuto cachiano, algo irrepetible. Está claro que nunca dejó de mandar, pero siempre lo hizo con una clase y un sentido de la medida –en su caso sería más apropiado el término "proporción"– extraordinario. Tras su ejercicio de sumisión a la señora de la casa, al que ya hemos hecho referencia con anterioridad, pasaba a disfrutar, y mucho,

Vicente Cacho con Daniel Portero y Miguel Ruiz-Manjón en los jardines de La Granja de San Ildefonso. Julio de 1997.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

de la conversación con los niños. Ése no es un arte fácil, ni siquiera con los propios hijos, pero él lo practicaba con una naturalidad insultante. Sabía comunicarse con ellos desde su condición de persona mayor. Y, ante mi asombro, las conversaciones se prolongaban en el tiempo. Recuerdo a don Vicente y a mi hijo Daniel hablando de la cabaña que el primero tenía, en compañía de algunos colegas, en el bosquete situado a un lado de los parterres de La Fama, en el Palacio de la Granja, allá por los años treinta, cuando esas construcciones eran consentidas por los guardas. Daniel le seguía la charla como si le conociera de toda la vida y olvidaba su timidez. Conversar era uno de sus placeres favoritos, más aún si era en casa de un amigo y se podía prolongar al aire libre hasta casi el amanecer. Tengo recuerdos contradictorios de amenísimas veladas en nuestra terraza, entrecortadas por cabezadas, que concluían a las cinco de la mañana.

LA POLÍTICA

A Cacho no le atraía la política. Compartía con Giner el recelo a la relación entre vida intelectual y pasión política, que había esterilizado prometedoras carreras universitarias tanto en la época del primero como del segundo. La política había estado detrás de la crisis de su relación de amistad con Florentino Pérez-Embid, cuando éste aceptó la Dirección General de Bellas Artes en pleno franquismo. Pero la política estuvo presente a lo largo de toda su vida, aunque siempre en perspectiva intelectual.

Para Cacho el proceso de modernización tenía su eje en el triunfo de la cultura liberal. No era cuestión de formalismos, sino de valores sociales. El problema estribaba en fijar cuáles eran esos valores. Para el período objeto de su investigación no había problemas: todo estaba meridianamente claro. Sin embargo, no ocurría lo mismo con los años de su propia biografía o con el tiempo en que yo disfruté de su amistad. El franquismo había quebrado la tradición liberal española y desarrollado una cultura política autoritaria, pareja a la totalitaria en la que habían caído los partidos de izquierda. Cacho había sido un niño de la España nacional, crecido bajo el nacional-catolicismo, que había estado presente en la gran manifestación de diciembre de 1946. Su experiencia no era, por lo tanto, la de unos valores liberales públicamente reconocidos, sino más bien la de una actitud hacia el diálogo, un respeto hacia el otro, que se fue desarrollando poco a poco entre las clases medias ilustradas. De ahí que a menudo utilizara el término liberal con extraordinaria generosidad. Era más el talante que las creencias lo que valoraba en muchos de sus coetáneos. Ni que decir tiene que tardé algún tiempo en comprender tamañas exquisiteces, lo que nos permitió

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

algunos saludables enfrentamientos. Él había devenido con los años en "jacobino", en precisa catalogación del maestro Fontán, lo que se traducía en una actitud anticonservadora y prosocialista bastante artificial. Yo era y soy un conservador *reaganiano*. Sus defensas del liberalismo de destacados carcamales reaccionarios y su apoyo a determinadas posiciones socialistas me parecían incomprensibles... al principio. Luego entendí que la política es antropología. Que su rechazo a los conservadores tenía que ver con sus experiencias personales en el seno del Opus Dei y que había mucho de voluntarismo optimista en su apoyo a los jóvenes dirigentes socialistas que trataban de hacer suya la tradición institucionista. En realidad era un clásico liberal preocupado, como sus semejantes de generaciones precedentes, por el asentamiento de la democracia, la relación con la Iglesia Católica y por el papel del Estado como elemento de modernización ante la debilidad de la sociedad civil. Era un ciudadano ilusionado, que pensaba en términos históricos y a quien no se le ocultaban los graves problemas que habría que afrontar.

LA RELIGIÓN

Cacho fue un hombre profundamente religioso y lo fue desde la niñez. Su fe se formó en el ámbito familiar, se moldeó en el Opus Dei, sociedad religiosa que conoció en sus años de estudiante universitario, y fue cuajando a través de sus muchas lecturas y de sus experiencias personales. No he conocido a ningún cristiano con un convencimiento tan firme como el suyo, con una aceptación tan natural de los misterios del credo católico. En algunas ocasiones la religión salió en nuestras conversaciones, bien para tratar un tema en profundidad o de forma tangencial. Eran aquellos diálogos un tanto peculiares, pues él sabía perfectamente que yo era agnóstico, que no me preocupaban demasiado esos temas y que siempre consideré a la Iglesia un club al que yo no pertenecía, en cuyos asuntos, por lo tanto, no debía inmiscuirme. Teníamos un pequeño punto de contacto. Los dos habíamos vivido en Pamplona en fechas próximas y los dos habíamos estado en el círculo de la Obra, él como numerario y profesor de la Universidad y yo como estudiante adolescente de un colegio de Fomento. A los catorce años conocí el mundo de los centros juveniles del Opus y debo confesar que si no hubiera sido por mi clara afición hacia el sexo contrario, tristemente no correspondida siempre, hubiera engrosado sus filas. Yo no era un joven de mucha fe, como el tiempo se ocupó de aclarar, pero en aquella España nacional-católica la Obra representaba un catolicismo más atractivo para las nuevas generaciones de clases medias. Mi lejano conocimiento de esa sociedad, y esa actitud distante y respetuosa hacia un club al que no pertenecía, facilitaron que también aquí me utilizara de *sparring*.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

En la catedral de Pamplona, junto al fundador del Opus Dei, Jose María Escrivá de Balaguer. 1960.

Nuestras conversaciones giraban en torno a dos temas: la historia del Opus Dei y la adaptación de la Iglesia Católica al mundo moderno. Sobre el primero recuerdo vagamente rencillas de Cacho con algún o algunos *apparatchiki*, más papistas que el Papa, a la hora de establecer procedimientos o interpretar doctrinas. Repetía "son muy buena gente, muy buena gente, pero..." Mientras le oía pensaba en aquella "buena gente" que tenía que lidiar con tamaño carácter del indómito oscense que había en sus venas. Le apenaba el giro conservador que la Obra había tomado desde los años posteriores al Concilio Vaticano II y un cierto miedo a la modernidad, que contrastaba con el Escrivá que conoció en sus años de estudiante de doctorado. Una tarde, bajando por Rafael Calvo, me explicaba por qué la Obra y el Fundador eran "providenciales". Yo me atreví a interrumpirle con una pregunta un tanto irónica: "¿usted cree de verdad que Escrivá fue providencial?" ¡Por qué habría hablado! "Naturalmente que fue providencial..." Estaba claro, el tono, la firmeza y la convicción de sus palabras no dejaba lugar a dudas, era "providencial" y punto.

En alguna ocasión la peripatética charla derivaba hacia la relación entre la Obra y su actividad profesional. Recuerdo que, en cierta ocasión, trató de explicarme el porqué de su elección de la Institución Libre de Enseñanza como objeto de su tesis doctoral. Supongo que sintió necesidad de hacerlo porque yo no conocía la historia del Opus Dei en los años de la postguerra y, por lo tanto, me faltaban elementos de juicio para comprender aquella

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

decisión. Era, una vez más, una ansiedad cartesiana, un típico problema cachiano. Me contó con muy pocas palabras que Escrivá sentía interés por la Institución, no sabía muy bien qué era, y sugirió a Florentino Pérez-Embid que algún joven investigador realizara un estudio serio sobre el tema. Pérez-Embid tomó nota y escogió a Vicente Cacho. Me parece fuera de duda que acertó en la elección.

Pasados los años, cuando la investigación estaba a punto de finalizar o ya estaba concluida, aquí la memoria me falla, Pérez-Embid creyó llegado el momento de que Cacho presentara sus conclusiones a Escrivá. En uno de los viajes que el Fundador realizó a Madrid se produjo el encuentro. Escrivá escuchó con atención, comprendió perfectamente lo que la Institución había sido, pero quedó claro que no compartía el entusiasmo del joven Cacho por aquella aventura intelectual. Algún tiempo después, quizás años, una segunda conversación me permitió comprender mejor aquellos hechos. Estábamos almorzando en *El Yate* y le pregunté por algo que hacía tiempo me llamaba la atención, el interés que los pedagogos vinculados al Opus Dei habían tenido por la figura de Giner y por la obra colectiva de la Institución Libre de Enseñanza. Con su habitual concisión me respondió que la gente de la Obra se encontró en la postguerra con el reto de modernizar el catolicismo español y para ello echaron mano de todo aquello que pudiera ser de utilidad. Al buscar en las bibliotecas españolas se encontraron con el legado institucionista, que era cristiano y moderno, y lo utilizaron como mejor pudieron. Mientras le escuchaba resonaba en mis oídos la brillante descripción que Adolfo Posada hizo del viaje a Alemania de Sanz del Río, a buscar en el mercado de las ideas una doctrina que hiciera compatible la condición de católico con el pensamiento liberal. Quedaba claro cuál era el origen del interés de Escrivá por la Institución, estaba utilizando unas doctrinas de procedencia preocupante y quería tener más información. Lo que escuchó confirmó sus temores.

Ahora, con la perspectiva del tiempo transcurrido, valoro aún más sus confidencias y su disposición a compartir conmigo sus sentimientos, sus dudas y sus opiniones. Espero haber estado a la altura de su confianza y de su generosa amistad.

Cacho se metió en nuestra vida y en ella sigue. Su presencia está por encima de su desaparición física, como ocurre con los miembros mayores de la propia familia que ya no están con nosotros. Su timbre de voz, sus gestos, sus previsibles reacciones vienen a mí en circunstancias muy distintas, manteniendo viva su memoria. Pero no nos llamemos a engaño. Sigue mandando como siempre, con el tacto de quien valora la amistad, con una inteligencia cartesiana que trata de crear islotes de orden en un mundo caótico, con la "mala leche" de los bajitos –como tan acertadamente recuerda Luis Miguel Enciso–, aunque sólo sea en el recuerdo.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei